



“EL TALANTE”

FERNANDO MORENO MUGURUZA

PSICÓLOGO Y ESCRITOR

Hoy está muy de moda la palabra ‘talante’. Sobre todo, a propósito de política y de religión. De Zapatero y Rajoy, de Rouco y Blázquez. Zapatero la tomó por bandera programática y la exhibió como sonriente estandarte de sus promesas esperanzadas y esperanzadoras, que comparaba y contraponía ‘al pasado felizmente superado del inflexible, adusto y cavernícola Aznar’. De ahí, que a todos los de aquel lado se les contagie la sonrisa con sólo oír la palabrita; y que a los del otro les esté resultando

Cada uno de nosotros estamos en una postura de fondo o en la contraria. Porque no se trata de lo que nos proponemos o lo que creemos o queremos hacer. Se trata de lo que ‘nos sale’ casi sin darnos cuenta. Como de un estado de ánimo, un cimiento profundo, una actitud ya permanente.

cada vez más cargante: la palabra y la persona.

Talante viene del griego -‘*ταλαντον*’-, que primeramente significaba balanza, peso, medida de oro o plata -de ahí, ‘talento’, la moneda-; y posteriormente pasó a significar también ‘peso’ de una persona, ponderación, ecuanimidad, equilibrio, ‘talento’, personalidad.

Por eso, es normal que el uso actual más generalizado esté casi siempre unido a su adjetivación positiva. Así lo quería anunciar Zapatero, cuando prometía tenerlo y usarlo: talante de diálogo, de escucha, de consenso, de acercamiento, de cercanía, de flexibilidad. Y así se le aplicaba a monseñor Blázquez: conciliador, abierto, dialogante. (Que ellos lo sean y que sus antecesores no -o al revés-, es cosa en la que no me meto).

Parece que el talante indica sólo bondad; pero hay días que estamos ‘de mal talante’. Como la personalidad, que suele usarse con una ambigua positividad: “*Mi hijo tiene mucha personalidad*”; al contrario de carácter, que suele ser negativo: “*¡Menudo carácter tiene tu padre!*” Y no digamos nada de ‘temperamento’. Pero, en el fondo y sin entrar en disquisiciones psicológicas, talante, personalidad, carácter, incluso temperamento, vienen a ser lo mismo. Y puede ser bueno o malo, positivo o negativo, fuerte o débil, constructivo o destructivo.

Hace ya bastante tiempo, cuando tenía que explicar la ‘parábola de los talentos’ del final del Evangelio de Mateo, yo solía decir que la tal parábola debería llamarse de ‘los talentos’ en vez de ‘los talentos’.

Imagino que todos sabéis de qué va: un rey se va de viaje y deja a tres de sus siervos cinco, dos y un ‘talento’ -moneda, ¿os acordáis?-, para que negocien con ellos. A su vuelta, tanto el de 5 como el de 2, han negociado, y le devuelven el doble. El de 1, tuvo miedo a perderlo, lo enterró y se lo devolvió tal cual. A primera vista, puede parecer que se trata de que ‘el que más tiene más gana’; y se oyen explicaciones en el sentido de que ‘cuantos más talentos -cualidades, beneficios, inteligencia- hemos recibido mejor, aunque más estricta cuenta tendremos que dar a Dios’. Incluso puede parecer que Dios quiere más a ‘los listos’. Y ‘el pobre’ que recibe un talento le cae mal a Dios, ‘¡por tonto!’.

Y creo que no. No va por ahí. La moraleja que quiere Jesús que saquemos es que lo importante no es ‘los talentos’ que hayamos recibido. Lo esencial para Jesús es ‘el talante’, la actitud, la postura de corazón, el estilo de vida. Con lo que tenemos -da igual que mucho o poco-, con nuestra vida, ¿qué hacemos?, ¿cómo la usamos?, ¿a qué número apostamos?: ¿al miedo o al riesgo, a no quedar mal o a crecer, a acomodarnos o a luchar, a criticar o a construir, a gritar o a calmar, a ver lo malo o lo bueno, a crear amargura o a contagiar felicidad?: en definitiva, ¿al egoísmo o al amor?

Y seguro que cada uno de nosotros estamos en una postura de fondo o en la contraria. Porque no se trata de lo que nos proponemos o lo que creemos o queremos hacer. Se trata de lo que ‘nos sale’ casi sin darnos cuenta. Como de un estado de ánimo, un cimiento profundo, una actitud ya permanente. Un color del fondo de la piscina, que hace que la superficie del agua se vea clara o turbia, verde o azul, limpia o sucia... por mucho que pasemos el “quita hojas”. Y sin querer, sin darnos cuenta, sin poderlo admitir, a veces.

Donde nos jugamos nuestra vida y nuestra felicidad es en esta actitud profunda, en la postura de nuestro corazón, en nuestro talante vital. Ése que no se improvisa y no depende de nuestros ‘talentos’; ése que ni siquiera depende de nuestra relación con los demás. Ése talante que sólo depende de mi relación conmigo, de mi entrenamiento y cultivo interior, de mi exigencia continua por ser fiel a lo mejor de mí mismo.■